

El poder humano tiene un límite: el que le imponen las fuerzas de la naturaleza. Empecinarse en formas de vida que dañan el planeta implica desafiar dichas fuerzas y transgredir sus límites. Esta actitud está desencadenando consecuencias fatales. En torno a ellas reflexiona el presente texto.

LOS LÍMITES DEL PODER ¹

Acabo de bajar de Internet la siguiente información: El número de muertos provocados por el huracán Mitch excedió los 10.000, lo cual lo hizo el segundo más mortífero de la historia. La tormenta más mortífera ocurrió en 1780 y provocó la muerte de por lo menos 20.000 personas en Martinica. Otra tormenta, en 1900, mató entre 8.000 y 12.000 personas en Galveston, EEUU.

Puedo dar fe de la violencia del Mitch. Un mes después de su paso, en 1998, estuve en Honduras y El Salvador. Además de lo conocido (casas como de paja lanzadas al aire, puentes arrasados, carreteras como de manteca barridas hacia cualquier parte...) aprendí algo más: el mar quema. Los huracanes se alimentan del agua del mar, la succionan y la arrojan con violencia. Una isla aparecía quemada como por fuego, pero había sido el agua.

Conocí en aquel viaje a un compatriota especialista en huracanes; decía de su profesión: "soy huracanólogo". Le pedí me explicara la conducta del monstruo. Todo el mundo decía que nunca había ocurrido algo así, por ejemplo que la tormenta se metiera al continente y pasara al medio de Tegucigalpa.

Aprendí no sólo del monstruo, sino de los por venir: el Mitch hizo todo lo que un huracán no había hecho antes; se detuvo en un lugar y no se movió en 48 horas mientras descargaba toda su fuerza, iba hacia un lado y se regresó, encaró hacia lugares que nunca son tocados por esos fenómenos; hay ritmos, reglas si querés, que podemos anticipar, pero acá no hubo nada seguro; y esto es sólo el comienzo. Pregunté por qué. Mi amigo me habló del cambio climático, de cómo se van destruyendo viejos ritmos de la naturaleza, de lo inevitable de nuevos monstruos dueños de fuerzas incontenibles. Hacia allá vamos, me dijo.

Meses después veía por televisión los estragos de un tifón en Asia. El locutor decía: los especialistas no salen de su asombro, este tifón ha hecho lo que ninguno había hecho antes.

Escribo en este 1 de septiembre de 2005, casi hora a hora nos vamos enterando de que el Katrina será tal vez el huracán que más estragos ha causado en la historia.

Siento que no hemos reflexionado de manera suficiente sobre esta catástrofe: ha desaparecido una ciudad entera, quienes sobrevivieron se debaten en medio de falta de servicios y alimentos, en los lugares de abrigo de multitudes de desamparados hay mucha gente armada, en edificios se apostan los

francotiradores, el alcalde de la ciudad ha enviado un desesperado SOS, nadie sabe cuántos miles de muertos quedaron bajo las aguas.

Estamos ante el mayor desastre de la historia de Estados Unidos y del planeta, desastre natural, porque nada se equipara al desastre humano causado por las bombas atómicas cuyo aniversario se cumplió en este mes de agosto.

En el año 2002 políticos republicanos se quejaron de la película "El día después de mañana", por considerarla un instrumento de campaña anti Bush, una exageración de lo que puede significar el cambio climático. ¿A quién se le ocurre imaginar una ola capaz de barrer Nueva York? ¿Desde cuándo el mar se lleva así ciudades enteras?

En todos los años de su mandato el actual mandatario del país más poderoso de la Tierra ha insistido en que no firmará el Protocolo de Kyoto, ni nada que se parezca a una reglamentación capaz de incidir en el empleo en su nación.

Esto recuerda un gesto de alguien que abrió el camino a su presencia en la presidencia: cuando Reagan llegó a la Casa Blanca hizo retirar de manera ostensible y con aire de desprecio los paneles de energía solar que Carter había hecho colocar sobre los techos para impulsar políticas hacia otras formas de energía.

No se trata sólo de desempleo, sino de capitales dueños de haciendas y de vidas a escala planetaria, que no están dispuestos a ceder un centímetro de sus demenciales privilegios.

El hombre más poderoso de la Tierra, al frente del país más poderoso, ordenó entrar en Afganistán y en Irak, nada parecía detener su avance, recordemos su expresión sobre "el eje del mal" y aquella verosímil respuesta que se le atribuye en el siguiente diálogo: ¿Cuántos países hostiles tenemos? Como 40. ¿Cómo haremos para vencerlos? De uno en uno.

¿De qué poder hablamos? ¿A quién se le ocurre sentirse casi dueño de la fuerza y la razón del planeta cuando no es capaz de cuidar sus propias espaldas? Espaldas pobres, sin duda, pero parte del cuerpo de la nación; el huracán pegó en las zonas más deprimidas de Estados Unidos.

Si mi amigo sabía en el '98 que vendrían otros monstruos, no podemos caer en la ingenuidad de que esa información no era conocida por científicos norteamericanos.

¡Pero, claro, Centroamérica está tan lejos! He escuchado horas de noticiarios en estos tres días y he leído cuanto puedo en páginas de Internet. No he encontrado una sola referencia, en boca de los políticos, al cambio climático mundial.

No se me ocurre plantear la ingenuidad de que una política distinta en estos cinco años hubiera evitado los horrores que se están viviendo en las ciudades devastadas; estamos ante un proceso acumulativo cuyo control llevará años.

Pero el empeñamiento en una forma de vida inviable para el planeta, en agresiones constantes al medio ambiente, se paga en todas partes, inclusive en la propia casa.

Esta mañana me tocó ver por una cadena internacional una imagen que no se irá de mi memoria: una toma del avión presidencial sobre las ciudades barridas por vientos y aguas y el rostro de Bush, en un primer plano, mirando por una ventana, a unos tres mil metros de altura.

Nunca sabremos qué pensaba en ese momento. El mandatario se dice un hombre de fe y no cesa de repetir que ora por quienes sufren. Pueda ser que en ese espectáculo de desolación haya encontrado una señal del Dios en que cree, capaz de abrir en el muro de su poder una fisura por la que se cuelen todos los avisos que la naturaleza nos viene dando.

Contra ésta no valen ni los 300.000 millones de dólares gastados en armas cada año, ni los satélites espías, ni los avasallamientos a mandatos de Naciones Unidas, ni campañas a escala planetaria para mejorar la imagen de una política guerrerista.

Los más ampulosos excesos de fuerza humana son apenas miserables migajas de poder frente a las fuerzas que gobiernan el planeta.

Daniel Prieto Castillo

¹ Publicado en Diario Los Andes, Mendoza, 4 de septiembre de 2005.